

muriendo en una cruz, no demos á los estraños el escándalo de contradecir con nuestras malas obras, en este santo tiempo, la santidad de la fé que profesamos. Imitemos á Jesus, á San Juan y á los dos discípulos; sigamos al Salvador por donde quiera que vaya, haciendo obras buenas de caridad y misericordia en lo temporal y espiritual, para que todos conozcan por ellas la bondad y grandeza de nuestra fé. Vivamos con Jesucristo y como Jesucristo quiere y manda: seamos buenos discípulos suyos en la vida, para que despues merezcamos en la muerte el premio eterno de la gloria. Amen.

J. M. X.

SERMON

para la Dominica tercera de Adviento.

EVANGELIO DE SAN JUAN, CAP. 1, V. 20 Y 23.

Como San Juan envió su legacia á Jesucristo para saber si era ó no el Mesías, así los judios enviaron la suya á San Juan para que les dijese quién era. Enviaron los judios, dice el Evangelio de este dia, desde Jeru-

salen sacerdotes y levitas á Juan para que le preguntasen quién era: y confesó y no negó: y confesó diciendo yo no soy Cristo: y que así pues le preguntaron: ¿pero qué eres tú, Elías? y dijo: No soy: eres Profeta? y respondió: no; le dijeron, pues ¿quién eres, para que llevemos respuesta á los que nos han enviado? Qué dices de tí mismo? Entonces dice: yo la voz del que clama en el desierto: dirigir el camino del Señor, como dijo Isaías Profeta. Y los enviados pertenecian á los fariseos. Y le preguntaron y le dijeron: ¿por qué pues bautizas si tú no eres Cristo, ni Elías, ni Profeta? Juan les respondió diciendo: «yo bautizo en agua: en medio de vosotros se ha presentado el que no conocéis: ese es el que ha de venir despues de mí, el que ha sido engendrado antes que yo: del cual no

soy digno de desatar la correa de su zapato. Todas estas cosas pasaron al otro lado del Jordan, donde San Juan estaba bautizando.

Este es, señores, literalmente todo el Evangelio que hoy canta la Iglesia y pone á nuestra consideracion. San Juan preguntado no por discipulos humildes y piadosos como Jesus, sino por astutos é hipócritas fariseos, no hace milagros, ni habla, ni dice de sí mas que una absoluta negacion á todo: ¿quién eres? ¿Eres Elías? ¿Eres Cristo? ¿Eres Profeta? ¿Qué dices de tí mismo? ¿Qué nos dices para que llevemos respuesta á los que nos han enviado? Así le urgen, le instan, le obligan, le comprometen. Pero él á todo y por todo les responde: no soy, no. Cuando mas se ve precisado, añade: la voz del que clama en el desierto, eso soy yo. Voz,

sin persona que la lance y pronuncie, es nada; luego cuando parece que dice más, entonces dice menos: yo soy voz; esto es, nada: *non sum*.

Señores, yo recuerdo aquí y comparo aquellas misteriosas palabras con que habló Dios á Moyses en la ardiente zarza de Horeb, diciéndole: *yo soy el que soy*, que significan la mayor grandeza del que existe por sí mismo; con las de San Juan, que dice siempre, *no soy*, y halló en estas la demostracion de la humildad mas profunda y misteriosa. Con ellas es preciso apostrofar hoy á los Cristianos de todas clases, categorías, edades y condiciones, sacarles los colores al rostro, en nombre de Dios y del Evangelio.

Sí, yo tomaré en una mano el terso espejo del Bautista Santo, Profeta, precursor de Cristo, y en la otra

á cada cual de vosotros, el que se crea mas elevado, y lo presentaré en todos los estados y fases de su vida natural y social, para obligarle á que me responda como él: *non sum*: no soy nada, absolutamente nada.

Soberbios envanecidos, que no cabeis en el mundo de necio orgullo y fatuidad, ó por vuestros talentos, ó por vuestros teneres, ó por vuestras prendas personales, ó mas bien y cuasi siempre por vuestra insipiente y locura *quid autem habes quod non accepisti?* Os diré con el Apóstol: ¿qué teneis de todo eso que no hayais recibido? Y si lo habeis recibido, ¿por qué os gloriais como si fuese vuestro? *¿Tu quis es?* ¿Quién eres tú de tí y por tí mismo, sin que lo debas á nadie? Antes fuisteis nada; ahora sois nada, y despues sereis nada: *non sum*.
¡Oh! ¿Y qué Evangelio tan ins-

tructivo! ¡Qué lección tan terrible! El del juicio universal es el único que se pondrá á su lado: con este se formará aquel y servirá al Juez Supremo de argumento concluyente, de reconvenccion sin excusa: *tu quis es?* Dirá á cada uno su propia conciencia, y avergonzado y abatido de su necedad y de su miseria, él y ella se contestarán con un desengaño desgarrador: *non sum!* *¿Tu quis es?* Preguntará el mundo, que tuvo por largos años la pena y la paciencia de sufriros; y él volviéndose contra vosotros con ira vengadora, con desesperacion desbordada, os hará bajar entonces la altiva cerviz, diciendo entre dientes: *non sum!* *¿Tu quis es?* Es lo que os preguntará el Juez Supremo. ¡Ah! ¡Quién podrá sufrirlo! ¡Oh! ¡Quién se pudiera ocultar en las entrañas de la tierra! ¡Quién hallára un agujero en la

base de la mas alta montaña para cubrirse con ella! *¿Tu quis es?* ¡Miserable! *Responde mihi:* ¡respóndeme! ¡Y qué direis á Dios? *Non sum.* No hay otra respuesta: no habrá mas que decir.

La conciencia propia y culpable, el mundo escandalizado, Dios ofendido preguntarán: y lo que fuimos, lo que somos y lo que seremos responderán. Este es el proyecto que yo he formado, porque he creido que os será el mas útil. Dios haga que mis palabras os sean hoy de vida eterna, y que se os fijen profundamente en la memoria para nunca olvidarlas, y sus consiguientes y saludables efectos en el corazón.

Pidamos la gracia al Divino Espíritu, por la intercesion de la Virgen.

AVE MARIA.

...no hay otra
...responde
...no hay otra
...responde
...no hay otra

¿Tu quis es?... Non sum.

¿Tú quién eres?... No soy.

EVANGELIO DE SAN JUAN, CAP. 1, V. 20 Y 25.

Cristianos, es indudable que el juez mas severo; y al propio tiempo el testigo mas intachable en el tribunal de Dios, será nuestra misma conciencia. Ella haciendo siempre el doble oficio de acusador molesto é insufrible, y el de magistrado recto nos está dia y noche punzando, acusando, reprendiendo, y dando en cara con nuestro origen, con nuestros antecedentes miserables en el orden físico y en el moral. Con lenguaje sé-

rio, pero verdadero nos pregunta, en tono amenazador é intimidante: ¿Tu quis es? ¿Quién eres tú, pobre, necio, hombre obcecado? ¡Tierra, lodo, corrupción, nada! De allí has venido: la podredumbre es tu padre, y los gusanos tu madre; el Santo Job te lo dice, y yo te lo repito, porque te avergüences: ese es tu físico; ese es tu cuerpo; ese cuerpo que regalas, que adornas y engalanas, sin recordar ni tener presente que esas galas y esos regalos son los trofeos que el diablo te dejó en premio del engaño que de tus padres obtuvo, cuando les hizo pecar.

Pues bien, así mira y dime, según eso, ¿quién eres en tu ser moral? Yo te he recordado y tú no negarás lo que el mismo Rey Profeta confiesa de sí á boca llena, y lleno él de amargura: yo soy concebido en iniquida-

des, y mi madre me parió en pecados. Luego, ¿á qué tanto orgullo y soberbia? ¿A qué presentarte como hombre justo y recto? Si algo bueno tienes que alegar en tu favor acerca de tus primeros pasos, á Dios lo debes, de su gracia divina procede, no es tuyo. *et sup hoc, quia non est deus, et sic dicitur* Y de verdad, señores, que el Espíritu Santo repite á cada paso en las Santas Escrituras, que el hombre no tiene de sí otra cosa que mentira y pecado; y esto desde el momento mismo en que es animado en el seno de su madre. Hijo de una descendencia malvada, formado de una masa infecta y corrompida, él sería siempre malvado tambien y permanecería para la eternidad inmundo y perdido, si Dios no se apiadase de algunos á quienes hace nacer en tierra de Cristianos, segun el divino beneplácito

de su libre voluntad, dice el Apóstol. De justicia no debe el Señor á ninguno mas que la muerte y el infierno; si preserva á unos de tanto mal, y á otros no, estos no pueden quejarse y aquellos tienen que agradecerse. Este es el insondable misterio y dogma católico de la predestinación, que aunque incomprendible, no deja de tener algunas semejanzas materiales que nos permitan y faciliten ver todo el lleno de su justicia. El Apóstol San Pablo se explica así: de la misma manera que el alfarero de una gran pila de barro hace vasos para honor y otros para contumelia, así Dios de la gran masa corrompida del género humano toma, elige y asperja con la sangre preciosa de su Hijo una porción y los llama á su Iglesia, á su gracia y á la salvación, porque es su voluntad, y deja allí los demas

á que sufran la suerte que el pecado de su origen les deparó. ¿Dirá el vaso al alfarero, por qué me hiciste así? Pues tampoco el hombre que no es llamado á la Iglesia, al conocimiento de Dios y á la gloria tiene de qué, ni por qué quejarse. Con el llamado Dios hace misericordia y gracia; con el que no es llamado obra en justicia: de otra suerte la gracia si fuese á todos debida, no sería gracia; son expresiones terminantes de San Agustín. *San Pablo se esplica*
Aquí me viene perfectamente la oportunidad de reprender las temerarias blasfemias con que la ignorancia y avilantez de gentes tenidas por inteligentes en todo, sin saber de nada, echándola de filantrópicos á favor de los infieles negativos zahieren á Dios y le arguyen de injusticia, porque les ha hecho nacer en países bár-

baros, en donde ninguna noticia tienen, ni pueden tener del Evangelio, ni de Dios. Harto mejor fuera que estos habladores se dedicáran ellos á mirar por sí mismos, y á corresponder á la gracia que el Señor les ha dispensado, trayéndolos al gremio de la Religion, sabiendo, como deben saber, que si Dios los trajo misericordiosa y gratuitamente, no los salvará sin ellos, sin que ganen la gloria, sin que correspondan á su divina gracia. «El que te hizo sin tí, no te salvará sin tí,» dice San Agustín. Doble pena tendrán que los infieles; porque al fin estos podrán decir: Señor, yo no te conocí; pero los blasfemos Cristianos no tendrán excusa. *En la China, la India, y en las Indias Orientales*
Para comprender y justificar la conducta de Dios con los infieles ningún argumento mas adecuado y lógi-

co que el del simit del alfarero, de que usa San Pablo. Bueno seria que por haber el Señor obrado con nosotros en misericordia, quisiésemos creernos autorizados para reprender y motejar su justicia. Sin embargo, los infieles negativos tienen la ley natural impresa en su alma, como en la de todos, al nacer: si la observan y no cometen pecados actuales, Dios tendrá misericordia de ellos, y por medios extraordinarios les enviará ministros que les anuncien el Evangelio y les den el Santo Bautismo, como envió á San Pedro á la casa del Centurion Cornelio y á San Felipe al Eunuco de la reina Candacis; ó en fin, como en nuestros dias los está enviando á la China, al Indostan y á todos los paises bárbaros é infieles. Mas si no lo hace, ó no se compadece de todos, adoremos su justicia y coo-

peremos nosotros á su gracia, que nos libró de tamaños males, sin méritos algunos de nuestra parte.

La conciencia, pues, no podrá menos de avisar allá en lo interior á cada uno, de estos antecedentes, y su juicio será insoportable y sin excusa. Engañar á los demas con hipocresía es muy fácil; engañarse á sí mismo, no tanto; burlarse de los otros es moneda corriente en el mundo; pero burlarse de sí propio es imposible, ó cuando menos en el mismo engaño irá la penitencia y la pena. Mas como la hipocresía y la mentira no son duraderas, como al fin todo llega á publicarse, como el mundo viene al cabo de muchas observaciones y cotejos de obras y palabras, á conocer á cada cual segun es, su escándalo y exasperacion es mayor, y su juicio mas terrible. Y hé aqui las dos clases